

Las fuentes orales: Metodología para trabajar con una fuente que buscas y te busca

José L. Rodríguez Jiménez (Universidad Rey Juan Carlos).

Publicado en Rodríguez Jiménez, J. L. y Rubio, Antonio (eds.), *Primer Encuentro entre el Periodismo de Investigación y la Historia. Homenaje a Kapuscinski*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos e Instituto de Humanidades de la URJC, 2008 (ISBN 978-84-691-7780-8).

Introducción. El método historiográfico

Como es sabido, la materia de conocimiento de la historia está constituida por los sucesos relativos a los actos humanos acaecidos en el pasado, o más bien del pasado conocido. Y conocido mediante cualesquiera que sean las fuentes documentales, los restos materiales, que perviven en el presente.

Entre la segunda mitad del siglo XIX y nuestros días la historia, al unísono del conjunto de las ciencias sociales, ha ido delimitando su *objeto* de estudio, perfilando su *método*, y perfeccionando sus *técnicas* de análisis en torno a unos *paradigmas* teóricos, al tiempo que, desde épocas más recientes, ha aumentado el interés por la historia, lo que supone una proyección social de la historia, del historiador y del periodista de investigación que relata y explica hechos del presente.

El historiador, a partir de las fuentes, recopila, registra e intenta analizar todos los hechos del pasado del hombre y, en ocasiones, descubrir nuevos acontecimientos, como el periodista de investigación.

Salvo en casos excepcionales, en los que el historiador o el periodista es testigo de los propios acontecimientos, por vivirlos en primera persona o mediante técnicas de observación directa, los hechos históricos son conocidos a través de fuentes intermedias. Entre éstas se incluyen: relatos escritos, como memorias, cartas, literatura, etc, archivos de tribunales, archivos de asambleas legislativas, archivos de instituciones religiosas o mercantiles, la prensa y otros medios de comunicación, la información no escrita que se obtiene de restos materiales de civilizaciones desaparecidas, el arte en sus más variadas facetas, la fotografía, el cine y todos los recursos que proporciona el mundo de la imagen,

y el testimonio de los testigos contemporáneos de los sucesos, es decir, las denominadas fuentes orales.

Todas éstas y muchas otras fuentes proporcionan las pruebas con las que el historiador descifra los hechos históricos mediante la utilización de los métodos de estudio adecuados. Como escribe Lucien Febvre:

“Indudablemente, la historia se hace con documentos escritos. Pero también puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos si éstos no existen (...) Por tanto, con palabras. Con signos. Con paisajes y con tejas (...) Con exámenes periciales de piedras realizadas por geólogos y análisis de espadas de metal realizadas por químicos. En una palabra: con todo lo que siendo del hombre depende del hombre, sirve al hombre, expresa al hombre, significa la presencia, la actividad, los gustos y las formas de ser del hombre”¹.

Sin embargo, la relación entre hecho y evidencia raramente es simple y directa. Las evidencias, es decir, los rastros o vestigios de la actividad social de los hombres, pueden estar sesgadas o ser erróneas, fragmentarias o prácticamente ininteligibles tras un gran intervalo temporal en el que se hayan producido cambios culturales o lingüísticos. Por lo tanto, tanto el historiador como el periodista han de, primero, descubrir, identificar y discriminar las fuentes o documentos, y, después, interpretarlas.

Mediante un análisis crítico verifican la autenticidad de la fuente, y a continuación su contenido y utilidad para el trabajo.

Así obtienen el dato histórico o periodístico, que es el primer paso de su investigación; con ese dato o suma de datos verifican sus hipótesis y construyen sus interpretaciones. Tanto el historiador como el periodista deben respetar los hechos, evitar la ignorancia y los errores cuanto sea posible y aportar una interpretación convincente e intelectualmente satisfactoria.

En su búsqueda de estatuto científico la historiografía procuró dotarse de un *método* que permitiera obtener la seguridad de que la explicación de un hecho o suceso se efectúa de manera correcta, racionalista y materialmente verificable. El relato histórico "que más factible y verosímil parezca, de acuerdo con las pruebas disponibles, será el que se considere verdadero en tanto que ninguna prueba o evidencia nueva venga a desmentirlo”.

Esto significa que “unos relatos serán más verdaderos que otros porque se fundamentan en un mayor número de pruebas verificables por otros investigadores y resultan coherentes con el conocimiento acumulado como resultado de otras

¹. Febvre, Lucien: *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1975, pág. 232.

investigaciones"². Así pues, la práctica metodológica de la historiografía contiene todos los elementos o pasos del método científico: la acotación del tema a estudiar, la elaboración de hipótesis previas, la experimentación o análisis de los datos, la constatación de las hipótesis, y el establecimiento de conclusiones explicativas o interpretativas a modo de tesis³, todo ello para obtener resultados cada vez más cercanos a la verdad histórica.

La Historia Contemporánea: concepto y límites

A continuación nos interesa plantear el significado de las nociones de *contemporaneidad* y *tiempo presente*. La periodización de la historia responde a necesidades instrumentales de los historiadores para su estudio. Ahora bien, las periodizaciones formales como la implícita en la división de la historia en prehistoria, y edades antigua, media, moderna y contemporánea, tienden a ser reclamadas como objetivas.

Por lo que a la *Historia Contemporánea* se refiere, se pueden delimitar dos sentidos del término⁴. Por una parte, la aceptación de una Edad Contemporánea en tanto que período histórico claramente delimitado y aceptado por la mayoría de historiadores, situado a continuación de Edad Moderna. Existen varias interpretaciones sobre cuándo comienza esta edad histórica. La historiografía latina, calificativo más bien impreciso, sostiene que la edad contemporánea empieza a finales del siglo XVIII, destacándose la fecha de 1789 con el estallido de la Revolución Francesa, pues a partir de una convención de origen francés distintas historiografías han ido reconociendo que, desde entonces, la confluencia de una doble revolución, la política en Francia y la industrial en Inglaterra, abre una nueva era en Europa y América, aunque este proceso no tuviera repercusiones en el resto del mundo hasta finales del siglo XIX con la expansión del colonialismo. La historiografía anglosajona ciñe el término contemporáneo a un período coincidente cronológicamente con el siglo XX. Dentro de esta tendencia, el historiador G. Barraclough afirmaba, en su ya clásica obra titulada *Introducción a la Historia Contemporánea*, que "la historia contemporánea empieza cuando los problemas reales del mundo de hoy se

². Moradiellos, Enrique, *El oficio de historiador*, Madrid, Siglo XXI, 1999 (3ª ed. corr.), págs.. 9-10.

³. Entre la bibliografía existente, véanse, Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995; Cardoso, Ciro F. S., *Introducción al trabajo de la investigación histórica*, Barcelona, Crítica, 1981; Topolski, Jerzy: *Metodología de la historia*, Madrid, Cátedra, 1985; y Hernández Sandoica, Elena, *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*, Madrid, Síntesis, 1995.

⁴. Pasamar, Gonzalo, *La historia contemporánea. Aspectos teóricos e historiográficos*, Madrid, Síntesis, 2000.

plantean por primera vez de una manera clara"⁵. La tendencia economicista, también de procedencia anglosajona, representada por determinados sectores de economistas o historiadores del crecimiento, identifica los orígenes de la contemporaneidad con el *take-off* o "despegue hacia el crecimiento autosostenido". Un despegue que tuvo su primera expresión en las décadas finales del siglo XVIII en Inglaterra, sobrevalorándose la revolución técnica e industrial frente a un "acontecimiento menor" como la Revolución Francesa.

Por otro lado, tenemos un sentido completamente diferente de Historia Contemporánea. En este caso, no nos remite a una edad histórica, sino a un género historiográfico, al interés de los historiadores de todas las épocas por su *presente*, por el estudio de los hechos y los cambios políticos y sociales recientes o que tienen lugar en su inmediato presente.

Hoy en día la Historia Contemporánea tiene esta doble lectura: de Edad Contemporánea y de afán de estudiar los hechos del presente.

La Historia del Tiempo Presente. Una historia estrictamente contemporánea

Hoy en día, para un creciente número de historiadores resulta cada vez más insatisfactorio seguir considerando la edad contemporánea como el período transcurrido desde las revoluciones liberales atlánticas hasta nuestros días, lo que supone mantener indefinido su final.

No puede negarse que esta concepción de la época contemporánea es problemática, aunque sólo sea desde el punto de vista práctico, desde el momento en que, con el paso del tiempo, este período ha llegado a ser desproporcionadamente largo, casi inabarcable, lo que supone que frente a los tiempos históricos cerrados, el tiempo contemporáneo es un tiempo abierto, que va incorporando sucesivos presentes, y por extensión que un programa clásico de historia contemporánea impartida en institutos y universidades tenga una amplitud exagerada.

La amplitud del período a estudiar y la lejanía en el tiempo de la Revolución Francesa, han hecho que el término *historia contemporánea* haya perdido su sentido original, es decir, la historia de la época actual, del tiempo en que nos ha tocado vivir. Eso le ha llevado a Eric Hobsbawm a escribir: "la paradoja de la historia contemporánea es su

⁵. Barraclough, Geoffrey, *Introducción a la historia contemporánea*, Madrid, Gredos, 1979, pág 23.

no-contemporaneidad"⁶; y a Julio Aróstegui a referirse a lo coetáneo como "nueva contemporaneidad"⁷.

Por lo tanto, la idea de hacer una historia del tiempo presente surge ante la necesidad, sentida por muchos historiadores, de acercarnos a una historia estrictamente contemporánea, recuperando el sentido que tenía este término cuando fue acuñado en Francia en el siglo XIX. Pues, para una parte de los historiadores de este siglo, quienes comenzaron a ver en la historia contemporánea una parte diferenciada de la Historia, lo fundamental era que los hechos narrados guardaban una particular relación de simultaneidad con el presente del autor.

Estas circunstancias han dado lugar a un debate en torno a la conveniencia de una parcelación de la disciplina contemporaneísta en el sentido de considerar que los cambios acontecidos tras el final de la Segunda Guerra Mundial (en el caso español tomamos como referencia un acontecimiento específico de nuestra historia, la República, la Guerra Civil, o la Dictadura de Franco) son muy relevantes a nivel social, económico, político e ideológico, y que en consecuencia sería acertado diferenciar esta época en el marco de la historia contemporánea. Así ha nacido la Historia Actual.

Asimismo, se ha debatido sobre la conveniencia o no de añadir una nueva época o edad a la división de la Historia con la que habitualmente trabajamos, es decir, situar tras la Edad Contemporánea una edad dedicada al estudio de la historia más reciente, cuyo punto de partida también sería objeto de debate. Su nombre sería Historia del Tiempo Presente o Historia de Nuestro Tiempo y supondría la afirmación de la voluntad de los historiadores de afrontar, junto a otros estudiosos, el presente. Pero si bien se han barajado distintos adjetivos, quienes se muestran contrarios a crear una nueva edad histórica ofrecen argumentos que nos parecen dignos de interés. Tal es el caso de Antonio Rodríguez de las Heras⁸, Julio Aróstegui y Josefina Cuesta, quienes apuestan sencillamente por "completar la Historia contemporánea con la aproximación a su propia coetaneidad"⁹.

⁶. Hobsbawm, Eric, "L'historien et son temps présent", en *Écrire l'Histoire du Temps Présent*, París, CNR Éditions, 1993, pág. 5.

⁷. Aróstegui, Julio, "El presente como historia (La idea de un análisis histórico de nuestro tiempo)", en Navajas Zubeldia, Carlos (ed.): *Actas del I Simposio de Historia Actual de La Rioja*, Logroño, Gobierno de La Rioja/Instituto de Estudios Riojanos, 1996, págs. 29 y ss.

⁸. Rodríguez de las Heras, Antonio, "Principios de historia del tiempo presente", en Díaz Barrado, M. P. (coord.), *Historia del tiempo presente. Teoría y metodología*, ICE de la Universidad de Extremadura, 1998, pág. 23: "Cierto que el mundo que emerge tras la catástrofe bélica está conformando una sociedad bien distinta a la que se fue haciendo a partir de la Revolución Industrial y de la Revolución Francesa, pero creo que otro período detrás de la Historia Contemporánea agravaría la debilidad de las convenciones que

Al igual que sucede con el término Historia Contemporánea, el concepto *Historia del Tiempo Presente* no siempre es entendido con un mismo significado. Dos son las formas de entender esta historia y las dos deben ser tenidas en cuenta.

Para algunos historiadores la Historia del Tiempo Presente, se define por el marco cronológico y abarcaría por tanto la etapa más reciente de la edad contemporánea, y a partir de esta aseveración se podría abrir la discusión sobre la conveniencia, o no, de que constituya una nueva edad diferenciada de la contemporánea. En cuanto a los límites cronológicos se refiere, no existe unanimidad en torno a la determinación de un período cronológico identificable con la historia de nuestro tiempo. Si de lo que se habla es de historia universal o de Europa, ¿comenzaría en 1945 o en 1989?; en cambio si nos referimos a España se suele considerar fecha de comienzo 1931 o 1936, o 1939, aunque la fecha de 1975 es también emblemática y será cada vez más un punto de referencia. En Europa, hasta hace poco tiempo, estaba claro que 1945, o si se quiere 1939, eran las fechas que marcaban el inicio de nuestro tiempo. La Segunda Guerra Mundial ha sido considerada el acontecimiento inaugural que introduce una clara ruptura en la historia del mundo en Europa. No obstante, algunos historiadores han visto en esta divisoria cierto eurocentrismo u occidentalismo y entienden que, si bien este acontecimiento marcó la historia del continente europeo, en cambio, para la mayor parte de los países de África y Asia el acontecimiento fundacional de su propio presente sería la descolonización. Por otro lado, no cabe duda de que, tras los acontecimientos que tienen lugar entre 1989 y 1991, el mundo surgido tras la Segunda Guerra Mundial empieza a ser un mundo distante. Desde luego, la unificación de Alemania, el hundimiento de los regímenes comunistas, la descomposición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, el resurgir de los nacionalismos y el proceso de mundialización y sus consecuencias colocan al historiador frente a un nuevo presente.

En cambio, para otros historiadores la Historia del Tiempo Presente no es un período cronológico, sino una forma de hacer historia, que supone, además de una metodología específica referida a la posibilidad de recoger la memoria viva, un aliciente de vital importancia para los historiadores: escribir la historia de su tiempo, la que ellos han vivido y están viviendo, desde su propia perspectiva.

sostienen una Historia por períodos".

⁹. Cuesta, Josefina, *Historia del presente*, Madrid, EUDEMA, 1993, pág. 4.

Una posición intermedia está muy extendida entre los historiadores españoles, y a ella nos sumamos. Consiste en considerar que la Historia del Tiempo Presente estudia el período más próximo a nosotros, y, al mismo tiempo incorpora novedades metodológicas y, como señala Rodríguez de las Heras, asume un reto importante, el de "responder a los problemas de hacer memoria en una sociedad sobreinformada"¹⁰.

En realidad, el interés por hechos contemporáneos no es algo nuevo. Historiadores antiguos, como Herodoto, Tucídides y Tito Livio, y no tan antiguos, como Alexis de Tocqueville y Karl Marx, historiaron acontecimientos que se desarrollaron en su proximidad. Por entonces la historia contemporánea, más que un período histórico delimitado, era un género político e historiográfico, o un motivo de reflexión de los pensadores sociales. Autores españoles del siglo XIX también historiaron el presente, tal y como refleja la obra de F. Garrido, Antonio Pirala, Amador de los Ríos y César Cantu, autor de *Historia Contemporánea. Los treinta últimos años* (1882). Todos ellos hicieron una historia de la España de su época, en ocasiones introdujeron la expresión *historia contemporánea*, diferenciada de la historia de hechos memorables practicada hasta entonces, e hicieron una historia basada en documentos de archivo y documentos orales transmitidos al historiador por sus protagonistas o personas próximas a ellos¹¹. Por supuesto que en Francia y en otros países el estudio de la historia del tiempo presente tuvo un desarrollo importante en el siglo XIX y comienzos del XX, pero después el número de adeptos disminuyó notablemente. La escuela positivista, con su afán de identificar historia con historia del pasado (cualquier otra cosa no sería científico), supuso un retroceso para este tipo de historia, que tardaría en recuperarse pese al impulso que supuso la obra de B. Croce o L. Trotski.

Pero esta historia, beneficiada por el interés por lo político, y el regreso al acontecimiento y a la narración, se ha recuperado, como demuestra la introducción de la misma en los cursos universitarios, el interés de los centros especializados y del público lector. Y muy especialmente la previa y necesaria tarea de reflexión asumida por los historiadores. Así, Josefina Cuesta ha puesto de manifiesto que esta historia "comporta una relación de coetaneidad entre la historia vivida y la escritura de esa misma historia, entre

¹⁰. Rodríguez de las Heras, Antonio, "Principios de historia del tiempo presente", en Díaz Barrado, M. P. (coord.): *Historia del tiempo presente. Teoría y metodología*, ICE de la Universidad de Extremadura, 1998, pág. 24.

¹¹. Aróstegui, Julio, "El presente como historia...", págs. 36-37.

los actores y testigos de la historia y los propios historiadores"¹², y permite reivindicar el derecho de cada generación "a pensar su propia historia, no sólo a hacerla, sino también a escribirla y a plantear sus propios interrogantes"¹³. Posiblemente sea Julio Aróstegui quien más esfuerzos ha dedicado a hacer ver que esta historia no puede ser un *período cronológico*¹⁴, pues "existe en todas las épocas", ya que no es un tiempo sino "la Historia de cada época desde la perspectiva de los propios hombres que la viven"¹⁵. Dado que su objetivo es historiar "las gentes que viven en el momento considerado", Aróstegui apunta que la historia del tiempo presente ha de ser concebida como "la historia de las generaciones vivas en un presente determinado, en su compleja relación y en su constante evolución"¹⁶; así, nunca se asocia una cronología a esta historia, pues interpreta la historia de los hombres vivos en cualquier época, y tan sólo se puede considerar como punto de partida "aquel momento más retirado en el tiempo que aún permanece como contenido de memoria y conciencia de una generación existente". Aróstegui afirma incluso que "no propone nada nuevo ni en los temas, ni en la forma de abordarlos, ni de explicarlos, ni en el método de acercamiento a esa historia"¹⁷. Pero otros historiadores entienden, y en esta línea vamos a incidir, que la historia de nuestro tiempo incorpora singularidades metodológicas para este *nuestro tiempo*.

Los desafíos de historiar el presente

Lo apuntado hasta ahora nos conduce al debate sobre si el historiador debe abordar, o no, el tramo final del proceso histórico, el presente, o dejarlo en manos de otras

¹². Cuesta, Josefina: *Historia del presente...* pág. 11.

¹³. Ibid, pág. 30.

¹⁴. Aróstegui, Julio, "Historia del presente, historia de las generaciones vivas", *Calendura*, nº 2, 1999, pág. 56. El profesor Aróstegui organizó el Coloquio Internacional Complutense, La Historia del Presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea, y fue coordinador del Seminario permanente: Cambio Social, Experiencia e Historización (La fundamentación de la Historiografía del Presente) en el Instituto de Humanidades y Comunicación "Miguel de Unamuno" de la Universidad Carlos III, 1998-2000, que celebró dos sesiones plenarias.

¹⁵. Aróstegui, Julio, "El presente como historia"..., pág. 40.

¹⁶. Aróstegui, Julio, "Historia del presente...", pág. 50. El tiempo presente también puede ser definido como el período que coincide con la duración de una vida humana. Desde el momento en que no existen supervivientes de una época dada nos referimos pues a la historia contemporánea *clásica*.

¹⁷. Aróstegui, Julio, "Tiempo contemporáneo y tiempo presente: Una reconsideración necesaria", en Díaz Barrado, M. P., *Historia del Tiempo Presente. Teoría y metodología*, ICE de la Universidad de Extremadura, 1998, págs. 42 y 34.

disciplinas sociales y de los periodistas de investigación, y sobre si esta historia es verdaderamente científica.

Es decir, nos planteamos, en primer término, la conveniencia o no de tratar cuestiones que la realidad histórica evidencia vivas, la determinación de si los procesos históricos deben estar cerrados o si, por el contrario, es posible abordar historiográficamente procesos en curso, puesto que un fenómeno del presente no está en las mismas condiciones de ser estudiado que un fenómeno ya inscrito en el pasado.

Quienes niegan la posibilidad de escribir la historia más reciente utilizan los siguientes argumentos: la inadecuación de las fuentes, por falta de una parte de la documentación archivística disponible; la excesiva subjetividad, por la dificultad de desprenderse de los propios prejuicios sobre los acontecimientos más próximos; y la ausencia de perspectiva, que impide sopesar el significado y la relevancia histórica de tales acontecimientos.

Es cierto que, en efecto, el historiador del pasado reciente no tiene acceso a la documentación de archivos referida a los años que abarca la protección legal de los fondos, pero también lo es que en muchos países se está reduciendo el tiempo para la apertura de los archivos públicos, aceptándose, sin embargo, el criterio de subordinar el deseo de reconstruir la realidad histórica al respeto que merecen las personas comprometidas en los hechos.

No obstante, desde el punto de vista de la documentación a la que el historiador puede acudir, lo que distingue nuestro pasado inmediato y a nuestro presente no es la escasez de fuentes, sino su abundancia (archivos privados, testimonios, entrevistas, medios de comunicación, las múltiples colecciones de documentos oficiales o semioficiales, trabajos de periodismo de investigación...). No deja de ser verdad, pese a la cantidad de fuentes alternativas existentes, que las fuentes archivísticas podrán aportar más adelante novedades relevantes, lo que significa que mientras queden fuentes por consultar las conclusiones serán provisionales, sujetas a revisión. Pero el desafío del historiador contemporáneo estriba, entre otras cosas, en seleccionar con acierto entre la enorme diversidad de fuentes que se le presentan y en saber interpretar de forma adecuada sus diversos contenidos.

La subjetividad es un riesgo innegable. Pero, para los partidarios de la historia de nuestro tiempo, su gravedad es más relativa que absoluta. Por una parte, porque, aunque los historiadores contemporáneos se vean especialmente amenazados por ella, la subjetividad puede afectar a los historiadores de todas las épocas, en las que, según los

países, no es infrecuente que haya temas más proclives que otros al apasionamiento¹⁸. Puesto que es un ser histórico, que pertenece a un tiempo y a un lugar determinado, el historiador es incapaz de hacer abstracción de la realidad que le envuelve y de su sistema de valores y por ello su construcción histórica está en íntima relación con los problemas e interrogantes de la sociedad concreta en la que vive, y ello tanto si estudia una época muy remota como muy reciente. Por otra parte, es bien sabido que alcanzar la pura objetividad en la realización de cualquier clase de historia se considera, desde hace bastante tiempo, una ilusión.

Por último, los defensores de la historia de nuestro tiempo no dejan de reconocer que el distanciamiento de los hechos podría hacer posible una visión más completa y equilibrada de la realidad histórica. Es cierto que, a menudo, el proceso que analiza el historiador no ha llegado todavía a su culminación, por lo que sus juicios pueden ser provisionales, e incluso meramente ensayísticos, dado que el resultado final y las consecuencias no se conocen todavía; evidentemente el historiador corre el riesgo de proyectarse en el porvenir, de verse tentado a hacer previsiones de futuro con el peligro de que sus predicciones se vean rotundamente desmentidas por los hechos¹⁹. Pero la circunstancia de no conocer el final de ciertos procesos históricos no invalida el análisis que realicemos, por más que se trate de un balance provisional; en realidad cualquier construcción histórica sobre un hecho o época tendrá siempre, en mayor o menor medida, un carácter provisional.

Además, el distanciamiento cronológico respecto al objeto de estudio no garantiza necesariamente su comprensión²⁰. De hecho, puede llegar a producir el efecto contrario, pues la falta de contacto con la realidad que se estudia dificulta a menudo su interpretación.

¹⁸. Palacio Atard, V., "Consideraciones sobre la investigación actual de nuestra historia contemporánea", en *Ensayos de historia contemporánea*, Madrid, 1970, págs. 25-30 y 43-49.

¹⁹. Sin embargo, Carlos Navajas se ha planteado el binomio Historia del Tiempo Presente-Prospectiva. Entiende que "la historia podría incluir dentro de la misma el análisis de lo que puede suceder (los futuros posibles) y lo que se puede hacer (las estrategias y las políticas) con respecto a los grandes desafíos del futuro, esto es, podría abarcar también la prospectiva, constituyéndose así en historia prospectiva". En "La historia del tiempo presente y el futuro: ¿La historia prospectiva?", en Díaz Barrado, M. P. (coord.), *Historia del Tiempo Presente. Teoría y metodología*, ICE de la Universidad de Extremadura, 1998, pág. 244. Véase también la versión actualizada y aumentada de esta comunicación: "Jano vs. Clío. La historia del tiempo...futuro", en Navajas Zubeldia, C. (ed.), *Actas del II Simposio de Historia Actual ...*, págs. 37-81. A partir de estas consideraciones en 2001 se puso en marcha un Grupo de Trabajo/Comité de Investigación de Prospectiva de carácter interdisciplinario, dentro de la Federación Española de Sociología.

²⁰. Acema, J.P., "Temps présent", en Burguiere, A., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, págs. 653-656.

Si trabajamos sobre el presente surgirán voces, o muchas voces, dependiendo del tema, para opinar sobre lo que hemos escrito. Si trabajamos sobre un pasado sobre el que no existen testigos vivos, algunos especialistas opinarán, pero ningún protagonista saldrá de su tumba para decir “No, no fue así”. Y lo que es seguro es que el resultado obtenido puede haber sido subjetivo en ambos casos. Es una realidad constatable que a medida que el pasado se aleja los sucesos se hacen borrosos y que el propio desarrollo histórico modifica constantemente nuestra perspectiva. Sin olvidar que, en cuanto a la docencia se refiere, la proximidad en el tiempo nos va a ayudar a contactar con los intereses de los alumnos y, ya pensando en nosotros mismos, nos proporcionará una serie de elementos atractivos que conferirán cierta emoción a nuestro trabajo. En todo caso, cabría recordar la irrefrenable tendencia que lleva al historiador de nuestro tiempo a acometer, para satisfacer una evidente demanda social, el estudio del pasado inmediato, debido a "su relevancia para la toma de decisiones en el momento actual"²¹. Otra cosa es que la valoración de los hechos más recientes deba ser considerada en verdad una tarea especialmente delicada. Si es verdad, como estima E. H. Carr, que la historia es "un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado"²², cualquier tentativa del historiador por despegarse de las preocupaciones o intereses de su propio tiempo no sólo resulta imposible, sino que constituye también un objetivo equivocado.

En cualquier caso, la razón de los que consideran difícil hacer una verdadera historia de los hechos más recientes no reside tanto en cada uno de los argumentos utilizados como en la combinación de todos ellos y en la experiencia de las dificultades reales que acompañan a tal historia. Ciertamente, el distanciamiento al que debe aspirar el historiador, no sólo el historiador de nuestro tiempo, ha de sustentarse en el empleo de una metodología rigurosa y no puede justificarse por la mera lejanía física de los hechos, lo que, en sí mismo no constituye una ayuda, sino a menudo todo lo contrario.

Sin duda, hacer historia de nuestro tiempo supone tanto inconvenientes como ventajas para el historiador: el historiador no conoce el final de los procesos históricos y no puede agotar las fuentes, pero cuenta con dos ventajas la de ser él mismo partícipe de los acontecimientos y el recurso al testimonio de los protagonistas.

²¹. Tusell Gómez, Javier, "Los archivos históricos y la historia inmediata de España", en *Análisis e investigaciones culturales*, XVIII/1 (1984), pág. 45.

²². Carr, E. H., *¿Qué es la historia?*, Barcelona, 1983, pág. 40.

En efecto, el historiador del tiempo presente cuenta con el singular recurso de acceder al testimonio oral de los protagonistas de los hechos, lo que permite clarificar aspectos confusos o escasamente documentados²³.

Una metodología específica. En torno a las fuentes orales

Uno de los debates más interesantes que ha suscitado la Historia del Tiempo Presente es el que se refiere a cuestiones metodológicas. Se trata de responder a la pregunta de si hay, o no, unos métodos, unos procedimientos específicos para historiar la coetaneidad. Una respuesta negativa significaría que el método histórico es único e igual para el conjunto de la Edad Contemporánea, si es que la Historia del Tiempo Presente forma parte de ésta.

Pero la respuesta a esa pregunta es sin duda alguna afirmativa. La historia del presente comparte la metodología de la historia en general, y más en concreto de la contemporánea. Pero, además, incorpora algunas singularidades metodológicas. Posiblemente la más destacada sea la utilización de fuentes orales y de otras propias de nuestro tiempo, como las fuentes icónicas (la imagen fija o en movimiento). También supone una innovación la "decidida opción por la interdisciplinariedad"²⁴, como muestra su estrecha relación con la antropología, la sociología, el periodismo y la lingüística, y "la posibilidad de emplear técnicas de observación directa"²⁵.

En cuanto a la fuente oral se refiere, se trata de un tipo de fuente que, trabajada con la adecuada metodología²⁶, puede aportarnos mucho a los historiadores, como hace de

²³. Wright, G., "Contemporary History in the Contemporary Age", en Delzell, Ch. F. (ed.), *The Future of History. Essays in the Wandervbilt University Centennial Symposium*, Nashville (Tenn.), 1977, págs. 223-225.

²⁴. Cuesta, Josefina, *Historia del presente ...*, p. 17; y Aróstegui, Julio, "El análisis histórico social y la naturaleza de la historia del presente", en Navajas Zubeldia, C. (ed.), *Actas del II Simposio de Historia Actual ...*, pág. 131.

²⁵. Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 1995, pág 364 (nueva ed. revisada 2001).

²⁶. Sobre historia y metodología de historia oral resultan imprescindibles los trabajos de: Thompson, Paul, *La voz del pasado. La historia oral*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1988 (ed. inglesa 1978, texto que, como se dice en el prólogo, trata "sobre cómo puede el historiador reunir y utilizar las fuentes orales" y "también provocar que los historiadores se cuestionen lo que están haciendo y por qué"); y Joutard, Philippe, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986 (ed. francesa 1983) y "El tratamiento del documento oral", en *Debats*, nº 10 (1984), págs. 72-87. También son de interesante consulta los siguientes trabajos: Folguera, Pilar, *Cómo se hace la historia oral*, Madrid, Eudema, 1994; Passerini, Luisa, *Storia e soggettività. Le fonti orali, la memoria*, Florencia, 1988; Marinas, J. M. y Santamarina, Cristina (eds.), *La historia oral: Métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.

forma habitual en el quehacer del periodista. No para hacer *otra historia*, pues se trata de una técnica específica de investigación y no de una disciplina distinta (una hipotética historia oral), sino para escribir la historia de nuestro tiempo, campo éste "caracterizado por el hecho de que existen testigos y una memoria viva", situaciones de las que se desprende el papel específico de la fuente oral²⁷.

O dicho con otras palabras: al contrario de lo que sucede en el caso de la historia contemporánea al uso, en la que se tenía a la fuente escrita por la esencial y a la oral por la secundaria y popular, "en la historia del presente eso acostumbra a no ser así"²⁸. Por todo ello el título de un artículo de Mercedes Vilanova, "El combate, en España, por una historia sin adjetivos con fuentes orales"²⁹, nos parece plenamente acertado.

La tradición y metodología propias de los antropólogos han tenido una gran influencia en la historia realizada, entre otras, con fuentes orales. La historia con estas fuentes también se alimenta de las técnicas cualitativas (entrevista personal y grupo de discusión) y cuantitativas (encuesta) elaboradas por los sociólogos; y por supuesto de la forma de trabajar del periodismo de investigación, con el que la historia, insistimos, comparte fuentes y metodologías. La práctica del trabajo con fuentes orales ha seguido dos líneas diferenciadas: por una parte, las grandes encuestas sobre colectivos amplios que tratan de reconstruir la memoria colectiva por medio de cuestionarios similares a los empleados por la encuesta sociológica y procesados e interpretados con arreglo a las pautas marcadas por ésta; por otra, la concentración sobre historias de vida individuales o de pequeños grupos, que implica la utilización de técnicas cualitativas.

Esta última tradición es la que, por distintas razones, mayor importancia ha alcanzado: en primer lugar, se trata de una fórmula de costes menores que la gran encuesta; además, aporta una mayor flexibilidad, dado que permite un acercamiento personalizado a cada informante; en tercer lugar, ha pasado a ocupar un puesto importante entre las

²⁷. Bédarida, François, "Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente", *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 1998, nº 20, pág. 22:

²⁸. Aróstegui, Julio, "El presente como historia"..., pág. 42. Como ejemplos de investigaciones fundadas en la práctica de la historia oral pueden citarse, entre otras, las siguientes: Bodnar, John; Simon, Roger y Weber, Michael, *Lives of their own: Black, Italians and Poles in Pittsburgh, 1900-1960*, Champaign, University of Illinois Press, 1982; Vandecasteele-Schweitzer, Sylvie y Voldman, Danièle, "Les sources orales pour l'histoire des femmes", en Perrot, Michelle (dir.), *Une histoire des femmes est-elle possible*, Marseille, Rivages, 1984; y Vilanova, Mercedes, *Las mayorías invisibles. Explotación fabril, revolución y represión. 26 entrevistas*, Barcelona, Icaria, 1996.

²⁹. Vilanova, Mercedes, "El combate, en España, por una historia sin adjetivos con fuentes orales", *Historia y Fuente Oral*, vol. 2, nº 14 (1995), págs. 95-116.

herramientas necesarias para un tipo de historia más cercana al hombre, a su subjetividad y experiencia.

Tengamos en cuenta que el recuerdo personal permite completar en perspectiva y contenido los datos obtenidos por otras vías, así como comprobar la fiabilidad de otras fuentes y llegar a ámbitos o niveles de detalle inaccesibles mediante otras formas de trabajo.

La fuente oral ha tenido un extraordinario desarrollo en Gran Bretaña, en buena parte gracias a los esfuerzos realizados por Paul Thompson, pionero en la utilización de fuentes orales³⁰ y quien se ha convertido en el director de la escuela inglesa y principal editor de la revista *Oral History*, publicación semestral de la Oral History Society, en la Universidad de Essex. Thompson es autor de dos obras fundamentales, *The Edwardians* (1975) y *The Voice of the Past* (1978) donde, inspirado en la encuesta sociológica y el método de las entrevistas semi-directas y tomando como documento principal el testimonio humano, ha estudiado la sociedad inglesa a principios del siglo XX; también ha utilizado estas fuentes para hacer una especial "historia desde abajo", en el sentido de que le permiten hacer hablar a "los otros", a los pobres y a los humildes. Además de aportar una metodología específica, Thompson nos hace ver que el trabajo con fuentes orales "es a la vez la forma más nueva y más antigua de hacer historia", tema que plantea al analizar su revalorización a partir de 1945 como consecuencia de los cambios ocurridos a nivel político, social e intelectual.

En cuanto a los antecedentes con fuentes orales, debemos recordar también que una serie de organismos oficiales se dedicaron a recopilar la historia de la lucha antifascista en Francia, Italia y otros países europeos, de la que apenas existía documentación. Mientras tanto, en Israel y Estados Unidos se creaban archivos de fuentes orales centradas en la persecución nazi de los judíos.

El trabajo con fuentes orales experimentó entonces, además, un salto técnico gracias a la mejora de los aparatos de grabación y el desarrollo de los archivos sonoros; después vendrían el vídeo y las videotecas, cuya cantidad y calidad de registros han permitido emprender investigaciones sistemáticas.

³⁰. Vansina, Jan, *Oral Tradition as History*, Londres, Harmondsworth, 1985. Sobre la visión de la historia oral del historiador británico debe verse Thompson, Paul, "La historia oral y el historiador", *Debats*, nº 10 (diciembre 1984), págs. 52-56; *La voz del pasado. La historia oral*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988 (1ª ed. en inglés 1978); e "Historias de vida en el análisis del cambio social", en Marinas, José Miguel y Santamarina, Cristina (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993, págs. 65-80 (1ª ed. en inglés 1983).

A estas iniciativas se suma en los años siguientes una mayor atención a la historia de los pueblos descolonizados, lo que aporta un nuevo protagonista, así como a la historia del trabajo y en general a la historia social, fiel reflejo del desarrollo alcanzado por el movimiento obrero, fenómeno seguido por un mayor contacto entre historia, antropología y sociología gracias al punto de encuentro que se produce mediante la utilización de la fuente oral. Sobre esta cuestión, en *Las mayorías invisibles*, Mercedes Vilanova escribe lo siguiente:

“En la raíz de este libro, surgido de las historias de vida de algunos trabajadores del sector metalúrgico y de mi propia biografía, está el deseo de encontrar a las grandes mayorías explotadas, próximas e invisibles. Gentes que en la jerga de la denominada historia comprometida definíamos como *proletariado, lumpen, masas, marginados, clases subalternas* o simplemente clases bajas. Al escribirlo he transitado entre medias verdades para captar lo que no se dice ni se ve. Y para ir más allá de la documentación escrita, y de la imagen huidiza pero penetrante, he intentado fijar por entre los silencios y sus gestos, palabras imposibles de ser dichas u oídas de otra manera. Porque historiar es dialogar con personas, textos, cifras, libros e imágenes”³¹.

Mientras tanto, los profesionales de la historia de la familia y la historia de las mujeres supieron ver la vía que se abría para su trabajo con el recurso a este tipo de fuente, y lo mismo cabe decir respecto a los historiadores centrados en el conocimiento de grupos sociales casi siempre excluidos de la historia hasta hace pocas décadas, es decir, los pobres, los marginados de todo tipo y los niños, además de las mujeres³². Junto a todo ello, Thompson argumenta que la fuente oral facilita la aproximación de las personas con menor formación cultural a la historia, en el sentido de que abre

"la posibilidad de traspasar la historia a través del lenguaje popular, creando así una historia que tenía mucho más sentido para el pueblo, dado que éste reconocía que aquí estaba la génesis de una nueva forma de escribir la historia: una forma de historia que, en una época de rápido cambio social sin precedentes en la Europa occidental, respondió a una profunda necesidad de redescubrir las raíces a través del intercambio de experiencias individuales"³³.

En España las fuentes orales han ganado terreno y aceptación gracias a la labor realizada por una serie de profesionales, asociaciones y revistas que se han esforzado hasta alcanzar un merecido reconocimiento desde ámbitos académicos. Entre las iniciativas pioneras deben destacarse las acometidas por: María Carmen García Nieto, que creó en

³¹ . Vilanova, Mercedes, *Las mayorías invisibles ...*, págs. 27-28.

³² . Thompson, Paul, "La historia oral y el historiador"..., págs. 52 y 53.

³³ . Ibid, pág. 53.

1985 el Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense de Madrid, desde el cual se organizaron a partir de 1988³⁴ encuentros nacionales cada dos años y se editó el boletín informativo *La Memoria*; Mercedes Vilanova, quien, después de trabajar durante años con estas fuentes, impulsó la creación del Seminario de Historia Oral de la Universidad de Barcelona y, en 1989, la revista *Historia y Fuente Oral*, para presidir después la Asociación Internacional de Historia Oral; y Víctor Morales Lezcano, impulsor del Archivo del Seminario de Fuentes Orales y Gráficas ubicado en la Mediateca de la Facultad de Geografía e Historia de la UNED, creado en 1985, y que se ha desarrollado a partir de los trabajos de los Cursos de Doctorado y de Matrícula Abierta impartidos por el citado profesor sobre Fuentes Orales para el estudio de la Historia Contemporánea, con especial atención, a partir de 1988, a las relaciones internacionales a través de las migraciones; en 1990 el Archivo Sonoro se convirtió en Audiovisual³⁵. Otro estímulo ha llegado a través de la celebración en Ávila, a partir de 1990, de las Jornadas Historia y Fuentes Orales, como continuación de las organizadas por García Nieto, e impulsadas desde la Fundación Cultural Santa Teresa en colaboración con el Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense, y las investigaciones alentadas por grupos como el conformado en el Seminari Interdisciplinari de les Fonts Orals de les Illes Balears, dirigido por María Jesús Castro, o la Asociación para la Defensa del Patrimonio Oral en Las Palmas de Gran Canaria.

Para que el trabajo con fuentes orales iniciase su andadura en España fue preciso esperar a la desaparición de la dictadura franquista, debido principalmente a los temas tratados por los historiadores que en otros países decidieron elaborar una metodología y trabajar con fuentes orales. Por este motivo, y por los recelos que esta experiencia suscitaba, y suscita todavía, en ciertos círculos académicos, la extensión de la utilización de fuentes orales no se produjo hasta mediados de los años ochenta. Los temas tratados han sido principalmente la guerra civil, la resistencia antifranquista, la represión, el exilio, la cotidianidad, la historia del trabajo y de las mujeres.

³⁴. De este año data uno de los artículos pioneros a nivel metodológico: Alted, Alicia, "El testimonio oral como fuente histórica (aproximación metodológica)", *Perspectiva Contemporánea*, vol. I, nº 1, 1988, págs. 155-162.

³⁵. Sobre sus fondos: Pereira Rodríguez, Teresa, "Fuentes orales e historia contemporánea: Un archivo en formación", en *Espacio, Tiempo y Forma*, V, nº 3 (1990), págs. 17-42; y "Un archivo audio-visual para el estudio de la Historia Contemporánea de España y de las Relaciones Internacionales", en *A distancia*, (otoño 1997), págs. 10-12.

Los documentos orales permiten al historiador "recoger y elaborar sus propias fuentes y construir su propio archivo"³⁶. Esto significa que el historiador o el periodista de investigación participa en la creación de un documento que después ha de interpretar. Significa que hablamos de fuentes que no son directamente accesibles y que van a exigir de nosotros tanto rigor como entusiasmo. Pues el documento oral precisa de un tratamiento específico y exige una especial valoración crítica para evaluar la fiabilidad de la memoria y su representatividad.

Precisamente por este motivo, entre las críticas recibidas por los trabajos con fuentes orales figuran las siguientes: la falta de fiabilidad de los testimonios, en cuanto que imprecisos en los datos cuantitativos, incomprensión de los fenómenos vividos, distorsiones conscientes o inconscientes de los hechos y las personas, así como la no representatividad de las muestras de los testimonios obtenidos, en relación a las analizadas en las grandes encuestas.

Pero no olvidemos que esta aseveración es válida para otro tipo de fuentes, afectadas también por "el proceso selectivo de la memoria" y cuya representatividad debe ser valorada meticulosamente, pues la mayor parte de los documentos conservados del pasado no constituyen una muestra accidental, sino que "han sido escogidos para que prevaleciesen" por miembros de los grupos sociales y políticos dominantes³⁷.

La verdad es que el resto de fuentes no están libres de los lastres que los detractores de las fuentes orales atribuyen a estas, que se refieren casi siempre a la subjetividad de los informantes. Tanta subjetividad puede haber en un diario o unas memorias editadas por una editorial de reconocido prestigio que en una fuente oral.

Ambas fuentes se diferencian tan sólo por el soporte que contiene y conserva la información y el método cómo se ha obtenido, apenas por el contenido; tan sólo, la fuente oral puede tener una mayor carga de espontaneidad que un texto de memorias, que puede haber sido varias veces rectificado a partir de una primera elaboración. Lo mismo podríamos decir de la prensa, de la documentación diplomática, de los informes de partidos, sindicatos, de gobiernos, o el diario de operaciones de una unidad militar, fuentes siempre cargados de subjetividad (tienen una intención informativa, filtran y dirigen la información), y al mismo tiempo de información para el historiador.

³⁶. Sobre los archivos orales, véase: Schnapper, D. y Hanet, D., "Sources orales, archives orales", en *Annales*, enero-febrero 1980.

³⁷. Thompson, Paul, "La historia oral y el historiador"..., pág. 54.

Por lo tanto, ni el testimonio oral ni el documento escrito equivalen a la verdad histórica, y ambos son necesarios para el historiador y para el periodista. Sencillamente, a cada fuente el investigador debe hacerle un tipo de pregunta distinta y establecer categorías en relación con la valía del tipo de documento, la cual depende del tipo de asunto que estemos investigando y del número de fuentes disponibles.

También debe tenerse en cuenta que la relación del historiador con los testigos vivos es una experiencia especialmente interesante, la cual, además de proporcionarnos una fuente, nos acerca a otras experiencias humanas. Por eso siempre he procurado buscar la fuente oral en mis trabajos de historia, y fomentado su empleo por los alumnos. Precisamente a partir de estas investigaciones he tenido la satisfacción de que esta fuente me ha buscado y me ha aportado datos y materiales de interés, para complementar mi trabajo, como fotografías y otros documentos.

En la actualidad la fuente oral se está utilizando para elaborar artículos, libros y documentales. Por poner algunos ejemplos de empleo de fuentes orales en documentales cabe recordar la labor de Claude Lanzmann en *Shoah* (1985), obra monumental que es resultado de once años de rodaje con supervivientes judíos, oficiales de las SS, funcionarios de la administración de los campos o de la empresa ferroviaria del Reich encargada de la deportación y testigos civiles ucranianos y polacos, los varios documentales realizados sobre los prisioneros españoles en el campo de trabajo y exterminio de Mauthausen, y, muy recientemente los dos documentales dirigidos por Iñaki Arteta en los que se relatan los sufrimientos de los familiares de víctimas de la organización terrorista ETA, *Voces sin libertad* (2004) y *Trece entre mil* (2005).

Es verdad que a menudo podemos encontrar datos sobre los acontecimientos que nos interesan en otras fuentes, pero de algunos hechos y vivencias no ha quedado rastro documental, o el rastro es muy parcial y fragmentario, o bien la documentación no es accesible. Y en cualquier caso la fuente oral permite una nueva lectura de los hechos y, en ocasiones, desmitifica supuestos que los historiadores habíamos asumido sencillamente porque otros los habían enunciado y cuadraban con nuestra visión general de los acontecimientos.

Lo que sucede es que la utilización de la fuente oral impone un empleo ponderado y consciente de sus limitaciones, sin olvidar que la memoria es una reconstrucción del pasado. Es necesario preparar los cuestionarios para introducir preguntas de control de la sinceridad de los informantes, diseñar una muestra de la máxima representatividad posible,

reflexionar sobre el tipo de información obtenida e interpretar todos los elementos comunicativos no verbales (silencios, tono...).

Una vez terminada una entrevista es preciso realizar una triple confrontación: "confrontación con la documentación escrita, confrontación con otros testimonios, confrontación con las diversas fases del discurso del testigo". Esto supone una crítica documental análoga a la que utilizamos con las fuentes escritas para distinguir: "lo verdadero de lo falso", la parcialidad, los desenfocos, las emociones; "lo real de lo imaginario", lo que permitiría señalar olvidos, confusiones conscientes o inconscientes (puede haber ocultación consciente de información, o el informante puede dejar de lado hechos y circunstancias que para el historiador son importantes pero que para el protagonista no lo fueron en su día y siguen sin serlo hoy; o se le ha olvidado algo que emerge al refrescarle la memoria), la tendencia a la autoafirmación y sobrestimación del papel desempeñado o, en su defecto, el victimismo; la decisión de entrevistar a una persona hace tomar conciencia a ésta de su protagonismo, grande o pequeño, de que tiene algo que decir y alguien lo quiere escuchar, y llevarlo a un libro o un artículo, porque la historia se hizo a su alrededor. Asimismo, la crítica documental debe aportar una "valoración de los puntos de hecho más significativos de la fuente oral"³⁸.

Además, debemos evaluar la fuente para discernir, en lo posible, si el contenido de la respuesta del entrevistado a nuestra pregunta está relacionado con la opinión que tiene en el mismo momento de la entrevista (en este caso casi siempre estará justificando algo), o si, como deseamos, se ha trasladado a aquella situación del pasado sobre el que trata la pregunta y respondido a partir de sus vivencias del pasado, cuestión esta que nos remite a cómo y por qué recordamos³⁹, a la reconstrucción del pasado, a la relación entre memoria e historia⁴⁰. Finalmente, una vez terminado el análisis de la información proporcionada por la fuente oral, es posible que buen número de testimonios no faciliten las informaciones que estábamos buscando, ya que la fuente oral no está en condiciones de aportarnos todo lo

³⁸. Joutard, Philippe, "El tratamiento del documento oral", en *Debats*, nº 10 (1984), págs. 73, 79 y 81-82. Sobre recogida y tratamiento de la información véase también Vilanova, Mercedes, *Las mayorías invisibles ...*, págs. 31-44. Sobre los problemas de este tipo de fuentes en las investigaciones sobre el franquismo: Alted, Alicia, y Mateos, A., "Problemas de método en el estudio de la oposición al franquismo. La utilización del testimonio oral", *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V. Hª Contemporánea, t. 3, 1990, págs. 57-68.

³⁹. Una reflexión sobre cómo se cuenta en Mendoza García, Jorge, "Las formas del recuerdo. La memoria narrativa", *Atenea Digital*, nº 6, otoño 2004, págs. 1-16.

⁴⁰. Aróstegui, Julio, "Retos de la memoria y trabajos de la historia", *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 3, 2004, págs. 15-36.

que queremos saber, pero también que nos haya alumbrado sobre otras realidades al menos igual de importantes.

Respecto a la necesidad de contrastar la fuente oral con otras fuentes cuando esto es posible, para desarrollar todo su potencial, escribe Vilanova:

"antes de crear la fuente oral debemos recorrer necesariamente un camino previo similar al del trabajo del historiador clásico. Se ha de subrayar este aspecto ya que implica un esfuerzo doble: buscar y analizar las fuentes escritas y, sólo después, crear y analizar las fuentes orales. Me temo que la dificultad de realizar este trabajo sea una de las razones, raras veces aceptada, que expliquen la no utilización de la fuente oral grabada por los contemporaneístas. Por otra parte la no utilización de los testimonios orales contribuye a explicar el énfasis puesto en los *grandes hechos* y su interpretación, en las estructuras y el tiempo largo, y el que con frecuencia se deje para el quehacer literario el análisis de personajes, de la intimidad social, del ambiente en el que se vivió"⁴¹.

Por otro lado, debe tenerse en cuenta que si bien la fuente oral puede ser útil al historiador en una amplia gama de investigaciones, no deja de ser cierto, como señalan algunos autores, que resulta especialmente interesante cuando lo que se rastrea no son los acontecimientos excepcionales, para los que la fuente oral puede ser un material de apoyo a la documentación contemporánea, sino "lo que es común, los moldes repetidos, las estructuras de la vida diaria"⁴². Asimismo, cuando el centro de la investigación son grupos sociales marginados del poder y de la expresión escrita, las sociedades ágrafas, como muchas de las africanas, y los grupos sociales que han dejado una huella escrita mínima o elaborada por otros grupos; también resulta de gran utilidad como vía de acceso a asuntos cuyos restos documentales han sido conscientemente destruidos en instituciones públicas y/o privadas. Como escribe Vilanova, las fuentes orales resultan indispensables en situaciones límite, "especialmente con los discapacitados, con las culturas orales o con las poblaciones analfabetas"⁴³. Por otro lado, conviene tener en cuenta que el testimonio que aporta este tipo de fuente no precisa tener su origen en una persona mayor para que le atribuyamos la etiqueta de *fente oral*. La edad no es un valor añadido cuando son tantos los temas en los que la fuente oral puede ayudar al historiador a hacer bien su trabajo. Además, debe tenerse en cuenta que medio siglo después de los hechos objeto de estudio,

⁴¹. Vilanova, Mercedes, "Prólogo" a Thompson, Paul, *La voz del pasado. La historia oral*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1988, pág. X.

⁴². Thompson, Paul, "La historia oral y el historiador"..., págs. 55-56.

⁴³. Vilanova, Mercedes, "La historia presente y la historia oral. Relaciones, balance y perspectivas", en *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 1998, nº 20, pág. 70. Por su parte J. Cuesta escribe que las fuentes orales "se han abierto camino, fundamentalmente, desde dos perspectivas: la historia de los grupos *sin voz* y la historia de los pueblos *sin historia*". *Historia del presente ...*, pág. 68.

el recurso a la memoria viva, a la fuente oral, resulta progresivamente marginal debido a la desaparición de los principales protagonistas y a la centralidad de las fuentes documentales en la reconstrucción del pasado.

En resumen, y como conclusión, debemos aprender a escuchar las fuentes orales, escuchar lo que se nos dice y, también, "lo que no se nos dice porque nuestros interlocutores no lo quieren compartir, porque no lo saben decir, o porque no lo sabemos preguntar"⁴⁴.

Pero, claro está, esto no significa que la utilización de fuentes orales deba consistir hoy en día en dar la palabra a los *sin voz*, a los marginados (mujeres, gitanos, negros, judíos) o a los más pobres, como sucedió en los años sesenta y ochenta, cuando algunos historiadores utilizaron la fuente oral como arma frente a la historia contemporánea clásica que despreciaba este método de trabajo.

Si los historiadores utilizan la fuente oral exclusivamente para aproximarse a los marginados del poder y de la cultura, o únicamente a personas consideradas mayores, término que no define una edad concreta, acabarán haciendo una historia marginal, y de lo que se trata es de utilizar ésta y otras fuentes para escribir, sencillamente, la historia⁴⁵. Sería interesante poder entrevistar a los soldados de Alejandro Magno, de Julio César, de Napoleón Bonaparte, de Von Paulus, pero ¿quién puede dudar de que el historiador también tiene muchas preguntas para estos personajes de la historia, y que de haber coincidido con ellos habría querido entrevistarles?

Tenemos que aprovechar la oportunidad única que se nos brinda a los contemporaneístas de poder hablar, de hacerlo nosotros directamente, sin intermediarios, con los protagonistas, *grandes y pequeños*, del acontecer histórico. Si renunciamos a esa oportunidad perderemos dos cosas: una fuente, lastrando nuestra investigación, y una experiencia más que gratificante.

⁴⁴. *Ibidem*, pág. 64.

⁴⁵. Como escribe Eric Hobsbawm, dar exclusivamente la voz a quienes han carecido de voz histórica dará lugar a relatos apasionantes pero no a libros de historia; *History from below*, Oxford, Frederick Krantz, 1988, págs. 13-28. Véase, para el tema que nos ocupa: Fraser, Ronald, "La Historia Oral como historia desde abajo", *Ayer*, n° 12 (1993), págs. 79-92.